Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / julio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Tu cuerpo sin ti.

Claudia Fulgencio Juárez
-México-

Esta obra está bajo una *Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional*.

Al levantarte de la cama buscas tus zapatos y vas a la cocina. Es de día. Mientras calientas agua para beber café vuelves a tener esa sensación, que, unos meses a la fecha, se torna recurrente: sentir la vejez tomando tu cuerpo. Recuerdas ese día por la mañana, la rigidez en tus articulaciones y tu torpeza al moverte, marcando el inicio de algo extraño que, poco a poco, al paso de los meses, te resignaste a aceptarlo como tuyo. Estás enfermo y esa dolencia también cambia tu humor, tanto, que, a veces, no reconoces tu rebeldía exacerbada cuando estás con ellos. La vejez ni la enfermedad han llegado de forma gradual o paulatina, contrario a lo que cree la gente. Vinieron de golpe. Arrasando con la frágil estabilidad que te quedaba después de la muerte de ella, piensas. Hasta hace poco, ellos, tus hijos, se dirigían a ti mirándote a los ojos, pero, ahora, platican contigo mientras ven la pantalla del celular y te informan todo lo que harán en los próximos días, hasta advertirte, que no vendrán la siguiente semana.

Escuchas el agua hervir y al incorporarte para apagar el fuego de la estufa, miras las recetas médicas pegadas sobre el costado del refrigerador. Ellos decidieron pegarlas ahí para controlar las pastillas que tomas cada día. Es curioso caer en la cuenta de que, ese mismo comportamiento de tus hijos, también lo tienen los médicos, cuando los visitas. Miran la computadora y en vez de mirarte a ti, sólo detallan tu diagnóstico y prescriben los medicamentos, sin tomar en cuenta lo que les dijiste. Sin percatarse, mucho menos, de tu lenguaje corporal. Da lo mismo escuchar las molestias de esa degenerativa enfermedad, de tu vejez.

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

Viertes el agua, y al ir cayendo en la taza hace un ruido furioso, en picada. Una, dos y media cucharadas, de ese café soluble, no importa que el médico te lo haya retirado. Haces mucho ya, al portarte bien y resignarte a beber esta bazofia. Como sea, su sabor amargo y calidez reconfortan tu interior, hasta situarte en la intimidad de tu día a día, a solas, donde sigues siendo un individuo, una persona.

Recorres la cortina del balcón y desde lo alto, miras la ciudad. El vapor de la bebida opaca tus anteojos, sorbes. Revives esa plática con tus hijos tornándose agresiva, tu voz exaltada, en tanto percibiste su indiferencia pesar más que su enojo. Indiferencia que te hizo saber que la persona que fuiste, ese padre dominante, ya no lo eres más.

Observas a aquella mujer caminar a toda prisa tirando de la mano de un niño, en dirección al colegio. Tomas asiento sobre la silla que has dejado frente al balcón. Mientras ves el trajín de los autos, el rojo o verde del semáforo y, enseguida, a aquel perro de andar inseguro que decide cruzar en el peor momento la avenida. Cierras los ojos. Piensas: ¿Cuándo, la torpeza de tus hijos, los llevó a creer que hoy eres como un niño al que deben cuidar? Crees que los médicos, al igual que ellos, con su arrogante juventud, han fragmentado tu cuerpo hasta convertirlo en partes, según sea su especialidad, en simples fracciones de una cosa.

Abres los ojos. Bebes un trago de café. Ahora ves a Martha, tu vecina, amiga de tu mujer, yendo con su bolsa hacia el mercado. Quienes te conocieron junto a tu esposa no dudan de quién eres, de que sigues siendo tú. Saberlo te devuelve la paz. Pero ahora, tu mujer está muerta y casi todos tus amigos también lo están. Quizá Martha y su marido son los únicos que pueden atestiguar quién fuiste. En este mundo que ya no es para viejos y en el que según, dices: “Vas por la vida como flotando, hasta saberte invisible”.

Te acercas al barandal del balcón, en efecto, a esa altura, sientes tu ligereza, desde ese quinto piso nadie voltea a verte, no existes. Sólo ese gato que ahora hace de malabarista y que, como es su costumbre, todas las mañanas, cruza de barandal en barandal es quien atestigua tu presencia. Tal vez si saltaras, alguien más te vería y correría hasta aquí para enseguida llamar a una ambulancia. O, a lo mejor no se acercaría, pero, llamaría a emergencias. Acaso, no haría nada, más que marcharse y borrar de su cabeza esa imagen tan desagradable. Por fortuna, no necesitas saltar por ese umbral, pues, hace ya tiempo, según tú, te has marchado sin lograr reconciliarte con tu cuerpo. Habitar como todos habitan —o se imaginan

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

habitarlo— su cuerpo, ese despliegue de piel y vísceras que a cada individuo lo vuelve peculiar; sí, persona, piensas. Una persona a diferencia de ti, con menos años y, por lo tanto, visible: individuo.

El sonido del claxon de ese autobús te hace voltear hacia la plaza, en aquella banca una pareja se besa. Envidias lo grato que es sentirse tan descaradamente dueño de sí mismo. Decides volver a la cocina, dejas la taza sobre el fregadero y caminas a la sala. Ahí están los retratos de ellos, observas la juventud en tus hijos, tan igual a la de los reumatólogos del hospital. En tu estado de salud es inevitable pensar también en ellos, en la lozanía en su rostro, en la seguridad de sus piernas, en la firmeza de su espalda, de los brazos y de sus palabras. Miras tu cuerpo que, hoy, ya no sientes más tuyo. Te gustaría saber, desde cuándo, tu propio cuerpo te ha desterrado, además de ellos y, ahora ambos: tus hijos y los médicos, te ignoran.

Oyes los pasos de Martha, tu vecina, quien regresa del mercado, escuchas su voz como si se tratara del arrullo de una madre, al sólo anunciar a su esposo su llegada. Te diriges a la puerta principal y, sin discreción, la abres para saludarlos. Inicias una plática trivial, sin pretensiones, casi terapéutica. Hablar te vuelve persona, es como si tu cuerpo fragmentado por esos médicos y, casi invisible, para tus hijos, volviera a integrarse, a necesitarte. A amar desde esa memoria que retorna al platicar con tus amigos, devolviéndote tu integridad. Quién fuiste y quién eres. Hablar con Martha y su esposo es despertar de esa pesadilla y darte cuenta de que aún, algo, te pertenece, aunque sean esos años idos. Hilvanas los pedazos de ese tú, que hoy no termina por juntarse, pero tampoco por desmoronarse. Es tan breve este momento, que lo atesoras como uno más de tus recuerdos.

Entras de nuevo a tu casa, vuelves a mirar los retratos de tus hijos. Suspiras, sí, vas solo. Tu cuerpo, ya no es un lugar seguro, miras la escisión de la que cada día intentas huir o vivir, según sea el caso. Sólo esta incertidumbre que ya no puedes aminorar con la presencia de los otros. Algún día, ni Martha ni su esposo vendrán a rescatarte; tú o ellos formarán parte de los muertos que hoy llevan a cuestas. Esos muertos con quienes hablas en silencio, como lo haces con tu mujer cuando necesitas un consejo y crees que, de alguna manera, te ayuda a seguir moviendo los hilos de tu marioneta, para sobrevivir. Aunque todo te conduzca a las mismas circunstancias, al mismo lugar, a esta casa, a los retratos de tus hijos y al ruido de fondo de la avenida.

Sales al balcón. Vuelves a ver en aquella esquina a la mujer que, ahora, regresa sin el niño. Voltea a verte. Le sostienes la mirada como cuando tenías veinte años y ningún hueso te dolía. Cuando no tenías

Argos
e-ISSN: 1562-4072
Vol. 9, número 24 / junio-diciembre 2022
Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

mujer ni hijos. Cuando estabas completo y los reportes médicos no te habían fragmentado en hojas de papel, en aquel expediente tan tuyo y que paradógicamente, ni siquiera escribiste tú. Su mirada serena intenta sostener la tuya. Le sonríes. Es extraño que, ante tu sonrisa, ahora te mire con asombro y después con espanto, pero no importa. Continúas sonriéndole y te sorprende que no sólo ella sino algunos otros transeúntes volteen a mirarte al balcón, aterrados. El claxon de los autos detenidos y a continuación el silencio expectante, hiere sin tregua tus oídos. Varios de ellos te filman con su celular y sólo unos cuantos te miran de frente, en esos conectas tu mirada. Caes con rapidez en aquel salto tan íntimo, que te arrepientes de hacerlo público y confesarles, justo en la caída, que existes. Y sólo entonces se pregunten quién eras.

Sales al balcón, como todos los días, observas a la gente pasar. Miras al perro inexperto que ha aprendiendo a cruzar la calle. Ya no cierras los ojos, cada que lo hace. Escuchas el ruido de los autos yendo de prisa. El gato obstinado, cruza sobre el barandal de balcón a balcón.

El teléfono suena, es tu hijo quien contesta, ha llegado a tu casa. Escuchas su voz decir número equivocado. En seguida, te llama por tu nombre, pero no le contestas. Camina hacia el balcón y acercándose a ti, aprieta con sus manos tus hombros. Tu vista se topa con la mujer que, ahora, vuelve de dejar al niño en la escuela. Pasa de largo sin mirarte. Sí, va sola. Las manos de tu hijo sobre tus hombros contienen ese salto tan íntimo, tan tuyo, que prefieres no hacerlo público y mantenerlo en secreto.